
Medievalismo en Extremadura

Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas
de la Edad Media

Jesús Cañas Murillo
Fco. Javier Grande Quejigo
José Roso Díaz (Eds.)

Medievalismo en Extremadura
Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas
de la Edad Media



Cáceres
2009

MEDIEVALISMO en Extremadura : Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas de la Edad Media / Jesús Cañas Murillo, Fco. Javier Grande Quejigo, José Roso Díaz (Eds.). — Cáceres : Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones, 2009

XXII, 1310 pp. ; 17 × 24 cm.

ISBN 978-84-7723-879-9

1. Literatura medieval-historia y crítica. I. Cañas Murillo, Jesús (Ed.). II. Grande Quejigo, Javier (Ed.). III. Roso Díaz, José (Ed.). IV. Título. V. Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones, ed.

82.09"04/15"

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



© Jesús Cañas Murillo, Fco. Javier Grande Quejigo y José Roso Díaz, de la edición, 2009

© De los autores, 2009

© Universidad de Extremadura-Grupo "Barrantes Moñino", para esta 1.^a edición, 2009

Ilustraciones de cubierta: miniaturas de cancioneros del siglo XIII (Biblioteca Vaticana y Biblioteca Nacional de Francia) recogidas en el libro de Martín de Riquer, *Vidas y retratos de trovadores. Textos y miniaturas del siglo XIII*. Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 1995.

Edita:

Universidad de Extremadura. Servicio de Publicaciones

Plaza de Caldereros, 2. 10071 Cáceres (España)

Tel. (927) 257 041; Fax (927) 257 046

E-mail: publicac@unex.es

<http://www.unex.es/publicaciones>

I.S.B.N.: 978-84-7723-879-9

Depósito Legal: M-52.674-2009

Impreso en España - *Printed in Spain*

Impresión: Dosgraphic, s. l.

ÁFRICA EN LOS LIBROS DE VIAJE HISPÁNICOS DE LA EDAD MEDIA Y LA INCIPIENTE EDAD MODERNA

Antonia Martínez Pérez
Universidad de Murcia

1. El continente africano ha sido, aun sabiendo de su existencia, el gran centro de la tierra *ignota* hasta bien entrado el siglo XIX. América no se conoció hasta finales de la Edad Media, pero, a partir de ahí, sus tierras fueron recorridas a un ritmo vertiginoso, con una atracción que las llevaría a la cúspide de las exploraciones. Y Asia, ésta había despertado el gran interés de su conocimiento en Europa desde los albores de la Edad Media. En la mayoría de los casos los libros de viaje medievales habían dirigido su itinerario hacia Oriente. Era el centro de culto de las principales religiones monoteístas, lugar de procedencia de los productos de un floreciente comercio y, a su vez, de los peligros que inestabilizaban al mundo occidental. Tempranamente, pues, peregrinos, misioneros, embajadores y comerciantes, entre otros, frecuentaban sus rutas y nos ofrecían sus relatos en torno a estas experiencias. En esta dirección hacia Oriente, de manera tangencial se franqueaba la costa africana, siendo la zona de la que, como parte de la ruta, más amplia y tempranamente se tenía conocimiento. Frente a la frecuente visita de lugares costeros emblemáticos, como el viaje casi obligado a Alejandría, el Magreb o escauceos comerciales en la ruta de las caravanas, el resto del continente permanecía cerrado. Al finalizar la Edad Media, con la apertura de las rutas marítimas, se despierta un interés de exploración que modifica la imagen medieval del continente.

En los albores de la modernidad, España y Portugal cedían a la atracción del Océano Atlántico. Portugal como pionero, pues, aunque la primera expansión atlántica castellana tuvo lugar en África, el ser los primeros en poner el pie en el continente americano tal vez los apartara un poco de la gran exploración de las costas africanas que habían iniciado los portugueses a partir del 1400 y que, antes del 1500, ya habrían circunnavegado. Sin embargo, África era y es nuestra frontera Sur, el continente está tan sólo a unos pocos kilómetros. Nuestro interés y curiosidad son obligatorios por razones de vecindad, y nuestra política de exploración y colonización ha estado presente a lo largo de los siglos en un continente que, a pesar de la cercanía, nos parecía muy distante, como bien lo manifestara nuestro singular viajero Alí Bey:

[...] los habitantes de las dos orillas del Estrecho de Gibraltar, [...], no obstante su vecindad, son tan extraños los unos de los otros como lo sería un francés de un chino. [...] y en la pequeña distancia de dos leguas y dos tercios, que es la más corta entre ambas orillas, encuentra la diferencia de veinte siglos (115-116).

Perspectiva de un viajero hispánico del siglo XIX, que ponía de relieve su «Otreidad». En el siglo XIII Brunetto Latini decía no existir nada más allá de las costas del

norte africanas. El carácter científico de la modernidad no impedía que uno de los escritores más importantes sobre el continente, León el Africano, no incluyera en su *Descripción de África* a Egipto como parte del mismo, que afirmara la existencia del reino de Preste Juan, y que proclamara el carácter totalmente diferenciador, fuera de cualquier indicio de civilización, de parte de sus pobladores: *los de la Tierra de Negros son bestialísimos, gentes sin cabeza, ingenio ni sentido, todo lo desconocen y también viven a guisa de animales sin reglas y sin ley* (83). No fue tan fácil que la imaginería medieval, asentada a través de los siglos, desapareciera de los libros de viaje ni de las geografías más importantes. «Otreedad», transformada pero no debilitada, que se iría elevando a la categoría de mito, como otro viajero hispánico, Javier Reverte, pero en este caso de nuestros días, nos la hace sentir en su *Sueño de África*, título evocador de esta tierra cuyo halo mítico no desaparece:

África fue siempre un mito y, en cierta medida, continúa siéndolo. El carácter del mito ha cambiado a lo largo de los siglos, pero su leyenda prosigue. Para los hombres de aquellos tiempos en los que no había mapas exactos y en los que la imaginación rellenaba los espacios vacíos de la geografía, África se dibujaba como un territorio misterioso, repleto de selvas, ríos y lagos que habitaban fieras terribles, y en los que también vivían tribus hostiles y sanguinarias. La Naturaleza indomeñable de las selvas era el símbolo exacto del fin de la civilización y de la muerte (20).

2. Durante el periodo medieval, el mundo conocido estaba circunscrito a un área semicircular u oval dividida en tres continentes: en la parte oriental se encontraba Asia, separada de Europa por el Tanais o río Don y de África por el río Nilo, mientras que África se distanciaba de Europa por el mar Mediterráneo (Rubio, 1986: 18). División frecuentemente representada en los mapas por dos ejes en forma de T: el horizontal designa el Mediterráneo; el vertical, los ríos Nilo y Tanais (el Don), de modo que Asia quedaría arriba, Europa y África abajo, la primera a la izquierda y la segunda a la derecha. Imagen tan firmemente grabada en el imaginario medieval europeo que dificultaba la creencia en un cuarto continente. Junto a ésta, y en ocasiones como teorías enfrentadas, circulaba otra división, las de las cinco (o siete) zonas climáticas: de la glacial a la tórrida y a la glacial; en la zona media septentrional estaría la tierra habitada, el «ecumene», único objeto de conocimiento. Tal vez por ello en el siglo XIII Brunetto Latini sólo consideraba África la orilla meridional del Mediterráneo, más allá, un calor tórrido debía acabar con cualquier manifestación de vida. Por unas u otras razones, en definitiva, hasta mediados del siglo XV, con excepción del Magreb y de Egipto, se ignora casi todo de este continente. Algo se conocía de oídas gracias a algunas misiones diplomáticas, que formaban parte de la Cristiandad; el resto era desconocido y totalmente ajeno.

Al contrario del viaje a Oriente, Europa no parece haberse dirigido espontáneamente hacia el Sur. España un poco más por el vínculo entre el Magreb y el Al-Andalus, este último, por cierto, el mayor proveedor de escritores viajeros. Desde el siglo XIII son numerosos los españoles que viven y practican el comercio en Marruecos, pero en realidad no van más lejos. Sin embargo se tienen noticias diversas. Ramón Llull habla de la ciudad de Tabelbalat y del río Níger, confundido con el Nilo (Mollat, 1990: 33). Y, antes del viaje del tangerino Ibn Battuta, cuyas memorias de viajes había relatado a sus amigos en los jardines de la Alhambra de Granada, tanto en el Al-Andalus

como en el Magreb se conocían algunas realidades del Sahara. De hecho llegaban al Mediterráneo y a los mercados árabes, a través de las grandes rutas de las caravanas, las riquezas naturales de los grandes imperios africanos como Ghana, Kanem y sobre todo, del siglo XII al XIV, Malí. Se abastecen de este modo de sal, marfil, especias, esclavos y especialmente del oro del Senegal y del Níger (Zumthor, 1994: 238). Pero las tentativas de avanzar quedan fallidas y tanto el intento de los hermanos Vivaldi, en el 1291, de recorrer la costa, como la expedición portuguesa del 1346 se pierden sin dejar rastro.

Nuestra península tenía un interés especial por las costas africanas, entre otros motivos por la Reconquista, y nuestra primera expansión atlántica fueron las incursiones en las costas occidentales de Marruecos, el Sahara occidental y las Islas Canarias. Del norte de África partieron las invasiones islámicas que penetraron en la Península en el siglo VIII. Como reacción se llevarían a cabo las incursiones en este continente. En el 1280 Don Pedro de Portugal establece un protectorado en Túnez con el que se iniciaba la influencia aragonesa en África. Posteriormente Jaime II de Aragón firmaría un Tratado con Sancho IV sobre la repartición de los territorios norteafricanos. Pero sobre todo, y más importante, sería la política expansionista en el norte de África emprendida por los Reyes Católicos, con el fin de asegurar la paz en España, tras la expulsión de los moriscos que se refugiaron principalmente en las costas norteafricanas; y luchar contra los turcos, pero estas expediciones y las siguientes abrirían nuestra era de la Modernidad.

3. La producción de los primeros libros de viaje hispánicos está evidentemente concatenada con esta serie de hechos. En los albores de la Edad Media dirigen su itinerario hacia Oriente, y la ruta de África es menos concurrida, excepto el viaje casi obligado a Alejandría. En este periplo hacia Oriente, casi siempre está presente Egipto, pero recordemos que hasta en el siglo XVI León el Africano lo sitúa fuera de África. La razón, como la esgrime Fanjul (1995: 37), además de en la escasez de información geográfica, está en la consideración de que tan insigne civilización no es propia de este continente, poniendo de manifiesto la constante de una cierta corriente de valoración despectiva hacia el mismo:

Junto a ese discutido carácter africano otra nota es constante desde la Antigüedad hasta nuestros días: la alta estima de su historia, del prestigio ganado como fuente de la civilización mediterránea, empezando por la griega. Exotismo, admiración y sorpresa se dan cita para configurar un modelo de contraste, de referencia a contrario, útil para criticar los propios defectos, o un arquetipo utópico fuera del tiempo [...]. Para los europeos ese Egipto ideal será –es todavía– el verdadero, pasando de puntillas como si se tratara de un mal sueño, sobre el país presente, de ahora o de los tiempos de León. En esta imagen abstracta predomina la tendencia inconsciente de no relacionar Egipto con África, precisamente por constituir su noción la antítesis de los prejuicios corrientes sobre el mundo africano.

Es muy frecuente, pues, encontrar en los Libros de viaje hispánicos de esta etapa medieval la descripción de Alejandría y otras tierras de Egipto e incluso tangencialmente algunas otras de la costa africana en sus recorridos hacia Oriente. Por cercanía, intereses políticos, comerciales, este hecho se ha mantenido a lo largo del tiempo. Es

interesante, en cuanto que muestra esta tendencia, la elección de Enrique García de Herrerros, presidente de la Sociedad Arqueológica de Alejandría y chambelán del rey de España, que publicó su conferencia sobre *Quatre voyageurs espagnols à Alexandrie d'Égypte. Benjamín de Tudela (1166-71)-Ibn Goubair (1183-85)-Pero Tafur (1435-39)-Ali Bey el Abbassi (Domingo Badía) (1803-07) (vid. Bibliografía)*. Como vemos, menos este último, todos viajeros medievales.

Con anterioridad al jativés Ibn Goubair (1145-1217) y Tudela (1166-1171), tenemos el testimonio de un autor hispano árabe, el granadino Abu-Hamid (1080-1170) (como lo fuera León el Africano o Luis del Mármol Carvajal). Nació en Granada, aunque no viviera muchos años en Al-Andalus y cuando partió a temprana edad ya no regresó a la península. Cultivó el relato de viaje propio de los escritores musulmanes la *rihla*, que aparece sobre el siglo XII en la literatura árabe, gracias sobre todo a autores andalusíes y magrebíes¹. Abu Hamid llegó hasta Oriente Medio y centro-sur de Rusia. Recorrió el norte de África, después se embarcó hacia Alejandría, ciudad en la que cursó estudios, así como en el Cairo. Tomó información (es incluso posible que las visitara) sobre algunas tribus del África oriental antes de llegar a Bagdad (1123-1124); después continuó sus estudios en Damasco. En realidad su viaje se centró en tierras euroasiáticas (Persia, el Cáucaso, Bulgaria, Hungría). Realizó la peregrinación a la Meca (1154), viajó a Siria y murió en el 1170 en Damasco. En definitiva, respecto al continente africano, recorre su parte norte, profundiza en la ciudad de El Cairo y Alejandría, sin adentrarse en tierras africanas, como en los autores aquí mencionados.

El mismo relato de viaje musulmán, la *rihla*, lo cultivó el otro viajero hispano musulmán Ibn Goubair (como León el Africano, su viaje está en árabe y una traducción italiana). Procedente de Játiva (Valencia), fue secretario de los soberanos de Granada y de Marruecos, escribió algún libro de poesía, pero ante todo es conocido por su libro de viaje o *Rehhal*. Como nos recuerda Herrerros (1923: 35), lo inició de una forma un tanto idílica en la mar con el Mulhacén enfrente cubierto de las nieves de Sierra Nevada (36). Como otros musulmanes hispánicos, parece que la causa de su viaje hay que buscarla en el interés en conocer la cuna de sus ancestros y poder observar directamente sus tradiciones. Sale de Granada en 1183 para llevar a cabo la santa peregrinación. En Ceuta se embarca para Alejandría y entra en la ciudad. De Alejandría parte hacia la Meca, atraviesa Arabia y Mesopotamia, llega a Damasco y de allí vuelve a Akkad, desde donde se embarca hacia España. Queda admirado por sus construcciones y la grandiosidad de Alejandría hasta el punto de declarar que jamás ha visto una ciudad parecida, señala sus maravillas. Este incansable viajero que llegó varias veces a Oriente, no nos proporciona tampoco más información sobre África.

Con anterioridad a Ibn Goubair, Benjamín de Tudela (1165-1166) partió por tierra hacia la costa catalana donde se embarcó hacia Marsella. Recorrió parte de Francia e Italia, atravesándola de norte a sur: llegó a Brindisi y Otranto. Volvió a tomar el barco rumbo a Corfú y Arta (Rubio, 1986: 46). Atravesó Grecia, sus islas, pasó a Constantinopla y Asia Menor. Estuvo en Jerusalén, Mesopotamia, Persia (describe minuciosa-

¹ Estos se dirigen en principio a la Meca o Damasco y llegan a adentrarse en Persia, la India y China.

mente Bagdad), en el Tíbet, en la frontera con la India y China (no parece probable que llegara a China y redactaría su descripción con lecturas de otros viajeros), hasta que por Adén y Abisinia entró en Egipto. Visita Alejandría, el monte Sinaí y de regreso se embarcó en Damietta. Llega a Mesina, pasa por Italia, Alemania, Rusia, Francia y regresa a la península sobre el 1172-1173. Aunque el objetivo primordial de su relato era el de informar sobre las comunidades judías que visita, ofrece, sin embargo, elementos básicos de un relato de viaje: informaciones sobre las rutas comerciales que unían al mundo oriental y cristiano, descripciones de itinerarios, ciudades y lugares que recorrió, leyendas de estos pueblos, sus creencias, costumbres, etc. (García Herberos, 1923: 46).

En cuanto a su recorrido por las tierras africanas, Tudela entró por Abisinia. Parece que fue el primero en informarnos sobre las fuentes del Nilo y las causas de sus crecidas anuales, aunque sus informaciones parece que fueron ignoradas y ahora es cuando han sido reconocidas. Recordemos que estamos ante un tema mítico del continente africano, al que Javier Reverte en *El Sueño de África* le dedica varias páginas, relatando la historia del descubrimiento de las fuentes. El Nilo, según los autores clásicos y los egipcios, descendía del cielo, incluso para Joinville que un siglo después sigue esta tradición, viene del Paraíso terrestre. Tudela, con la gran simplicidad del que lo ha visto con sus ojos y no le da importancia a un hecho que preocupó todavía durante mucho tiempo a la humanidad, habla de la procedencia del río:

Cuando las gentes preguntan acerca del origen de la crecida del río, responden los egipcios que allá en la tierra de Etiopía, que es la bíblica Hevilah, caen grandes lluvias cuando tiene que subir el Nilo; semejante abundancia hace que el río suba y así inunda toda la tierra (1918: 111).

Esta consideración la realiza al describir la ciudad de El Cairo, *una gran ciudad, situada a la orilla del Nilo* (110). Hablará inevitablemente de la ciudad de Alejandría, de su extrema belleza, de su Faro y de su fundador:

Cuando la fundó Alejandro de Macedonia, le dio su nombre, y la hizo extremadamente fuerte y hermosa; así mismo las casas, los palacios y las murallas son de bellísima construcción. Fuera de la capital está la Academia de Aristóteles [...]. Construyó aquel rey también un dique sobre el puerto de Alejandría, de una milla de extensión dentro del mar, y erigió además una gran torre [...]. En la punta de la torre puso un espejo de cristal colocado de modo que todas las embarcaciones, fuesen de Grecia o del occidente, se reflejaban en el espejo de cristal a una distancia de veinte jornadas, poniéndose así al abrigo de ellas (113-114).

Descripciones de lugares emblemáticos que se repiten prácticamente a lo largo de los libros de viaje posteriores, como, entre otros, el de Pero Tafur. Éste, enviado por D. Juan de Castilla, viaja como gran señor, se embarca hacia el 1435 en San Lucas de Barrameda, y su principal meta era la peregrinación a Jerusalén. Cruza de Ceuta a Gênes como Ibn Goubair. Pasa por Venecia desde donde se embarca a Jerusalén. Recorrió las costas de Esclavonia (Eslavonia) y de Albania. Cruzó varios enclaves griegos. Paró en Rodas y pasó por Chipre y Jafa. Llega *finalmente* –dice textualmente– a Damietta. Se embarca en el Nilo, al verlo expresa el mismo pensamiento medieval de su procedencia del paraíso terrenal y que Preste Juan no podría ser otro que el

Emperador de Abisinia (García Herrerros, 1923: 55). Cuenta la anécdota de que ningún mortal podría conocer las fuentes del Nilo. Visitó el monte Sinaí. Entró en el Mar Rojo y caminó a través del desierto. Una vez que llevó a cabo su peregrinación, se introdujo en Alejandría y volvió por el Nilo hasta Roseta, pasó por Constantinopla en su viaje de regreso, por Suiza, el Rin, Flandes, y llega a Sevilla. Hombre de recursos económicos, viaja por placer y la peregrinación a Tierra Santa puede ser simplemente una excusa. Parece que lo narrado en sus *Andanças*, se corresponde con cuatro viajes que llevó a cabo, en el segundo recorrió Tierra Santa, Egipto, Bizancio y Turquía (dos grande viajes, a Oriente y centro Europa). Tras visitar Jerusalén, describe los lugares santos minuciosamente –disfrazado de moro visitó el templo de Salomón–, embarca en Jafa rumbo a Chipre, donde es muy bien recibido por su soberano, quien le envió a El Cairo, para que llevara a cabo unas gestiones diplomáticas en su nombre.

4. No obstante, con anterioridad a Pero Tafur, la obra medieval que, para su momento, nos ofrece la imagen más amplia de África, e incluso, como algún estudioso la ha catalogado, de mayor *equidad*, es sin duda alguna el *Libro del conocimiento* (1350-1360). Relato importante que, como su propio título indica, pretendía proporcionarnos el *conocimiento de todos los reinos e tierras e señoríos que son por el mundo, e de las señales e armas que han cada tierra e señorío por sy e de los reyes e señores que los proveen*. Nos habla extensamente de las tierras de África y no sólo de los lugares emblemáticos que hasta ahora se recorrían prácticamente en la ruta hacia oriente. Nos proporciona la mayor información posible existente sobre el continente, hasta el punto de ser utilizado como libro de consulta en la exploración de las Islas Canarias², *Libro* que, en palabras de su primer editor Marcos Jiménez de la Espada (1877), era un *tratado originalísimo que, á modo de narracion de viaje, pero con claridad y método, resume los progresos en el conocimiento de la tierra á mediados del siglo XIV* (1980: IX); ofreciéndonos la mayor información sobre África, a través de un libro de viaje, durante la etapa medieval. Tal vez porque con un recorrido ficcional no era tan difícil abarcar todos los territorios, ríos, montañas y países aquí descritos. Tal vez porque proporcionar la mayor cantidad de *conocimientos posibles* que se tuviera al alcance era el fin perseguido por la obra, esta labor será efectuada. Lo cierto es que tuvo una importante acogida en la Castilla bajomedieval, como lo muestra la conservación de al menos tres de sus manuscritos, y el recientemente editado por M^a Jesús Lacarra (1999: 6)³; e incluso es de destacar el interés que ha despertado en los ambientes intelectuales actuales siendo objeto, como nos recuerda Leoncio López-Ocón, de una *bellísima edición* por parte del editor Iliad con su amigo Picasso (2001: 1).

Sin embargo, las características del *Libro del conocimiento* como *libro de viaje* son, podríamos decir, un tanto «teóricas», en tanto que los rasgos propios del género, como

² La obra fue elegida por Juan le Verrier y Pedro Bontier, capellán y cronista de Juan Bethencourt, para facilitar a su señor noticias sobre la costa del cabo Bojador, que éste pensaba incorporar a sus dominios por el año 1404. En esta exploración del Archipiélago se sirven de referencias cartográficas y literarias del *Libro del Conocimiento*, con pasajes del mismo reproducidos en la obra de *Le Canarien*, como han puesto de relieve sus recientes editores (*vid.* «Bibliografía», *Le Canarien*, p. XXXII).

³ M^a Jesús Lacarra, Carmen Lacarra Ducay y Alberto Montaner han efectuado una edición del manuscrito Z (*vid.* «Bibliografía»), que consideran que *sería una copia tardía realizada en Aragón en el último tercio del siglo XV sobre algún original castellano perdido* (6).

el marcado carácter histórico o la adecuación a un itinerario real llevado a cabo, no se cumplen en la práctica. Con frecuencia clasificado de viaje por el mapa⁴, se ha considerado que su menor exigencia con la premisa de historicidad y viaje real le facilitase la inclusión del continente africano, o una pequeña parte del mismo. Podía introducirse en territorios menos conocidos o incluso no visitados, llegando a ser los datos más o menos certeros. Confusión presente en la obra, nos indica López Estrada, *por esta reunión de noticias que juntó el franciscano, algunas de las cuales pueden ser verídicas y proceder incluso de su experiencia, otras verosímiles, comunicadas por otros, y otras (sobre todo, las más lejas de África y Asia) evidentemente procedentes de relatos ficticios, a través de tradiciones literarias, o inventadas por la vía de la maravilla, propicia en todo viajero*⁵. Sin embargo, como veremos más adelante, justamente la novedad y exactitud de datos geográficos en torno al continente, hasta ahora no divulgados, y al tratamiento ecuánime que manifiesta en cuanto a sus pobladores y costumbres, lo sitúan entre las primeras obras hispánicas de importancia sobre África.

El viaje se realizaría desde España, sin posiblemente desplazamiento alguno, describiendo los dos itinerarios que llevaría a cabo, uno por Europa y el otro por el resto del mundo conocido. Aunque su autor se sitúa en primera persona: *Parti del reino de Castilla...*, fórmula de inicio de viaje continuamente repetida, sin embargo, no hay relación cronológica del mismo ni notas personales al respecto. Por ello, López Estrada nos lo califica de *enciclopedia geográfica* (2003: 50), aunque matizando posteriormente que con *forma literaria*, para que *el lector percibiese en esta forma literaria su grandeza geográfica* (51). Se efectúa una primera salida recorriendo Castilla, y después otros reinos de Europa (Portugal, Navarra, Francia, Alemania, Polonia, etc.). En una segunda salida se pasa del reino catalano-aragonés a otras zonas de Francia (Marsella, Mónaco...) y de Italia (Génova, pisa, Nápoles, Sicilia...). De allí a Grecia hasta Constantinopla. Después de Jerusalén a Egipto (El Cairo y Alejandría) y posteriormente Túnez. Como vemos, en este trayecto se hace una pequeña incursión al continente africano, recorriendo los lugares tradicionalmente visitados por los viajeros. Será en la tercera salida en la que se descienda definitivamente al continente y se aborde su más amplia descripción. Pasa por Bugía, Ceuta, Fez y Marruecos (confundiéndola con Túnez a describirla como la antigua Cartago). Llega a la llamada «tierra de los negros», el África Negra, pasa del Sahara y, dirigiéndose en línea recta hacia Oriente, una caravana de camellos le llevaría hasta el Sur de Libia y Egipto (lo que él llama Etiopía) y Angola (norte de Sudán). Aquí hablará del mítico río de Oro (un brazo del Nilo) y del reino de Preste Juan, con una excelente descripción del Paraíso Terrenal, de acuerdo con los datos que dice poseer: *dixerron me omes sabios...* (1980: 64). Teniendo en cuenta que, según la cartografía medieval, de estos montes surgían los ríos Ganges, Tigris y Eufrates (así como el Nilo), no es tan extraño ver cómo se desplaza desde Madagascar hasta el mar de la India. Es de resaltar el mito en torno a las fuentes del Nilo, que, como ya hemos indicado, se convirtió en una constante literaria hasta su descubrimiento en el siglo XIX.

⁴ Gran parte de los estudiosos como Morel Fatio, Bergeron, Serrano Sanz y otros muchos consideraron que el viaje no se llevó a cabo, sino que se inspiró en una serie de fuentes que pudo manejar, aunque el relato este redactado en primera persona, *partí, vi*, etc.

⁵ Presentación a la edición facsímil de Jiménez de la Espada.

La descripción de cada estado va acompañada de los dibujos de sus escudos heráldicos lo que le concede a la obra un valor incalculable, e incluso se le ha llegado a definir en términos modernos como obra de geografía política, aunque su valor como manual geográfico fuese aminorándose. Y, junto a noticias del momento (de mercaderes y misioneros), se plasmaba la información de la tradición geográfica. Sobre el mapa, pues, se hacía un recorrido ficcional, hecho a base de un mapamundi, en el que se pasa de la cartografía a la materia textual. Como concluye Estrada, la obra es considerada un libro de viajes, pero no como resultado de la experiencia de un viajero concreto (2003: 54). Y es que el autor, que pretende haber recorrido toda la tierra, incorpora en su relato las suficientes informaciones verificables como para haber confundido a críticos modernos (Zumthor, 1994: 297). Pues en él también se plasman los sueños y fantasías de la época sobre lugares exóticos. Así en tres de los manuscritos se ofrecen unas representaciones de las razas monstruosas que habitan estas zonas, son criaturas grotescas, que remontan a Heródoto y Plinio el Viejo, conocidísimas para todos los medievalistas. Esta gran cantidad de ilustraciones figurativas sobre las razas monstruosas que pueblan estas tierras, con personajes de una sola pierna, ojos y boca en el pecho o con cabeza de perro, forman parte de los *mirabilia* esperados.

No obstante, como hemos señalado, en la proporción entre su temprana fecha de aparición, las noticias ofrecidas sobre el continente africano y su aportación literaria, es tal vez la obra más importante en este sentido durante la etapa medieval. Sin embargo, esta valiosa información del *Libro* no siempre ha sido justamente reconocida. Se lamenta Jiménez de la Espada, de que, aún sirviendo la obra de referencia a principios del siglo XV para la exploración de la costa africana, cuando se estaban descubriendo las Islas Canarias, sin embargo su autor fuese calificado de *necio y embustero* (IV), sin tener en cuenta sus valiosísimas aportaciones. El *Libro* fue elegido por Juan le Verrier y Pedro Bontier, capellán y cronista de Juan Beéthencourt, para facilitar a su señor noticias sobre la costa del cabo Bojador, que éste pensaba incorporar a sus dominios por el año 1404. Y cabe señalar a este respecto el reconocimiento actual por geógrafos e historiadores de la importancia y veracidad de muchas de sus informaciones, como nos subraya Leoncio López-Ocón (2001: 1):

La relación exhaustiva de las islas que aparece en la obra no es comparable con ningún otro mapa de la época y permite sospechar que su autor conociese el archipiélago o que dispusiera de información de primera mano.

Por otra parte, muchos de los datos geográficos e incluso de noticias locales eran exactos; y ofrecía descripciones de países al sur del Atlas y de las Islas canarias muy detalladas, proporcionando información sobre el continente africano de gran novedad e importancia. En la reciente edición de M^a Jesús Lacarra también reconoce la autora que el *Libro del Conocimiento* sorprende por la exactitud con la que describe las tierras al sur del Atlas y en general los datos relativos al continente: *Los que aporta sobre las tierras africanas resultan especialmente sugerentes* (López-Ocón, 2001: 5).

Pero respecto a África no han sido puestos de relieve tan sólo los datos geográficos, sino la misma concepción de sus tierras y habitantes, que con tanta frecuencia habían sido presentados diferentes sin las costumbres o el razonamiento de los euro-

peos. Señala López-Ocón (2001: 6), cómo Iliazd quedó fascinado por la obra, por otras razones como *la modernidad y el liberalismo de su autor*, y cita, a este respecto, las afirmaciones que hace en un estudio introductorio:

A la luz del pasado el saber del fraile mendicante es admirable y la virtud de sus escritos los actualiza. No predica conquista ni conversión de las tierras de África que pobladas de sarracenos o idólatras son muy ricas y abundan de todos los bienes, personificadas por reyes iguales en nobleza a los reyes de Europa y Asia. En cuanto a los negros son gentes de buen entendimiento y de buen seso.

Es importante para valorar esta actitud recordar que, dos siglos más tarde, León el Africano hablaba de las costumbres de los negros como gentes que actuaban como los animales sin reglas ni razonamiento y de su más baja condición; y que, en la actualidad, libros de viaje como los de Javier Reverte (1996 y 1998) señalan como mal endémico de África, entre otros, el afán desmedido de colonización y explotación de un país siempre tratado con inferioridad por su *otredad*. De ahí la Modernidad de la obra, su tolerancia y respeto, por los que Iliazd habría catalogado la obra como *Libro del conocimiento y de la equidad* (López Ocón, 2001: 6).

5. Hasta cierto punto la percepción de África irá transformándose en la medida en que se van efectuando las expediciones de la Modernidad. No obstante, durante los siglos XVI y XVII, África sigue constituyendo un lugar secundario, en cuanto a la predilección por los viajeros hispánicos que dirigen su itinerario hacia América o las Indias. En un trabajo reciente, Antoine Bouba (2006: 20) nos muestra cuantitativamente la menor cantidad de títulos o referencias de relatos de viajes a este continente, frente a otros lugares como las Indias occidentales, Tierra Santa o las Indias orientales. Nuestros intereses en el continente están vinculados con la política expansionista emprendida por los Reyes Católicos, con el fin de asegurar la paz en España, tras la expulsión de los moriscos que se refugiaron principalmente en las costas norteafricanas; y luchar contra los turcos. Se daban por lo tanto unos intereses muy concretos de tipo político, militar, de defensa, para querer obtener la mayor información posible sobre estos territorios, con todo tipo de detalles. Simultáneamente la avidez de nuevos conocimientos, la pasión por tierras lejanas constituía un estímulo importante en estas exploraciones. En este sentido fue primordial la búsqueda del paraíso en la tierra. Cada vez se hace más evidente la inutilidad de seguir en los confines mongoles la búsqueda de paraísos terrenales como el de Preste Juan; y el cartógrafo genovés Angelino Dulcert sitúa por primera vez su lejano reino hacia el sur de Egipto (Mollat, 1990: 35). El continente africano estaba ahí. En torno a él circulan antiguos y nuevos enigmas que se quieren descifrar. Los de las fuentes del Nilo, heredados desde la Antigüedad y no resueltos hasta una época muy reciente, siglo XIX, como ya hemos indicado su relato por Javier Reverte, han sido los que más ríos de tinta han hecho circular. Se trataba de conocer su procedencia, debía de ser Etiopía, pero este nombre designaba una región lejana, por Asia, que era tenida por una de las *Indias*, teniendo en cuenta que ambos continentes se consideraban por entonces unidos. A partir del 1400 se suceden varias tentativas para intentar alcanzar esta legendaria región de la que no se sabe nada, excepto una impresión un tanto desconcertante remitida por los monjes abisinios que pe-

regrian hacia Jerusalén. Es curioso recordar que todavía en la primera mitad del siglo XV el duque Jean de Berry, el rey de Aragón, Alfonso V, y la corte de Roma enviaron embajadas al Preste Juan, para recibir información de su reino (Mollat, 1990: 36). Pietro Ranzano en el 1450 fue testigo del relato de una asombrosa aventura que llevó a cabo un extraño personaje, Pietro Rambulo, un aventurero siciliano que consigue hacia el 1400 entrar en el Reino de Negus por primera vez, se casó y vivió en él, hasta que, como embajador de su nuevo amo, iría a Nápoles donde relatara su aventura. Afirmaba Rambulo que su rey era descendiente de la reina de Saba y que el país había sido evangelizado por el apóstol Tomás. En 1447, el genovés Antonio Malfante, desde Argel, trató de atravesar el Sáhara, pero fracasó. Entre 1460 y 1480, varios viajeros anónimos enriquecen un tanto el oscuro conocimiento que se tiene de Abisinia: el geógrafo Fray Mauro, en su célebre *mapamundi*, recoge esta información; en 1474 Sixto IV crea en Roma un Colegio Etíope. En 1482, y después, en 1484, Battista d'Imola viaja desde Egipto hasta el corazón del Amhara (Arari). Los portugueses se emplean a fondo en esta aventura, el rey Juan II sueña con llegar al famoso imperio de Preste Juan por tierra, cruzando el continente africano o por mar. En 1485, y luego en 1489, dos expediciones frustradas. Entre 1520 y 1526 Francisco Álvarez lleva a cabo una última tentativa y, maravillado por la opulencia de la corte del soberano de Etiopía (Negus), donde fue recibido fastuosamente, trae a su vuelta la descripción auténtica del «Imperio de Preste Juan», con la que en 1588 Livio Sanuto registra el primer atlas de África.

6. Estamos ante los viajes de una incipiente Modernidad, en los que a un ritmo vertiginoso se irá produciendo la exploración de las tierras hasta ahora desconocidas. Para la visión de África en los libros de viaje en estos inicios será fundamental la obra de Juan León el Africano y su «imitador» o discípulo, Mármol Carvajal. Del primero podemos hacernos una idea de su aportación con la definición que le da Z. Oumelbanine que habla de León el Africano como del Cristóbal Colón de África (A. Bouba, 2006: 107). Evidentemente sus aportaciones en el conocimiento de este continente fueron importantísimas, y del segundo, porque, pese a recrear prácticamente la obra de León, sin embargo lleva a cabo la introducción de nuevas tierras o la ubicación de las zonas del continente de extremo interés. Con ellos se abre una época en la que el conocimiento real de los territorios descritos llevará los libros de viaje hacia un lugar diferente de la elucubración.

La obra del primero responde a los libros de encargo por la utilidad del mismo y que puso estos relatos geográficos en boga, puesto que había una proyección europea hacia las tierras pendientes de descubrir. Respecto a las tierras africanas, hemos visto que durante el periodo medieval, excepto las muy cercanas a la costa, tenían una ubicación un tanto confusa. Falta información y reina un cierto caos en cuestiones como la identificación de Etiopía, o las Etiopias, una en África oriental y el sur de Asia, lo que facilitó el traslado de la maravillas, el exotismo, las riquezas inauditas, los seres monstruosos, etc., de uno a otro continente. Igualmente hay que tener en cuenta la no consideración de Egipto como un país africano, como lo hace el mismo León, y la identificación del Nilo, que se confunde con el río Níger, como se da en Ibn Battuta y también en Pero Tafur (Fanjul, 1995: 36). León sitúa tanto Egipto como la parte oriental del río Nilo fuera del continente:

[...] la parte que cae fuera del Estrecho de la Arabia Feliz no está considerada como una parte del África, por muchas razones que en largos tratados se detallan. Los latinos la llaman Etiopía y de ella vienen ciertos frailes con sus caras marcadas a fuego y se ven por todas partes de la Europa, especialmente en Roma. Ese país lo señorea un jefe a modo de emperador al que los italianos dicen el Preste Juan. La parte mayor de tal región está habitada por cristianos, aunque un Señor musulmán es dueño de grandes posesiones (62).

Como anteriormente hemos señalado, esta exclusión, entre otras razones, tal y como lo afirma Fanjul (1995: 37), residía en la consideración de que una civilización de prestigio como la egipcia difícilmente se ubicaba en el continente africano. Precisamente Egipto constituye la antítesis, según este autor, de los prejuicios que los europeos suelen tener sobre el continente, y considera que tal vez por ello León es poco utilizado por los geógrafos *modernos*, puesto que él sí habla extensamente sobre el país y sus gentes, pese al error de no considerarlo como parte del continente.

Con rasgos biográficos cercanos a los del primer autor hispano musulmán de libros de viajes, Abu-Hamid: nacidos en Granada, pero con una vida corta en el Al-Andalus, al que no regresarían tras su partida a una temprana edad, y cultivadores de la *rihla*, tendremos cuatro siglos más tarde a León el Africano. Él viene a cerrar el periodo medieval que el anterior había abierto con uno de los libros de viaje más importantes y utilizados de este periodo. León emprenderá la salida de la tierra que le ve nacer, Granada, tendrá un exilio forzado en Fez, llevará a cabo un fascinante recorrido por los lejanos reinos africanos entre el Níger y el Nilo, la misteriosa ciudad de Tombuctú, el Cairo, Constantinopla y permanecerá en la Ciudad del mundo, la Roma renacentista. En ella redactará su obra, por encargo del papa León X, atendiendo exclusivamente al continente africano, no tangencialmente como hasta ahora había sido lo más común. El Papa tuvo la suerte de que, raptado Hasan por Pietro Bavadiglia, le fuese entregado como regalo; pues, por sus conocimientos, su ingenio era considerado un cautivo muy valioso. El Papa le bautizó con su nombre y le apodaron el Africano. De él se quería que proporcionara la más exhaustiva información, geográfica, política y social de los territorios en cuestión. León había realizado varios viajes adentrándose en África y una pequeña parte de Asia, podía informar de primera mano y así lo haría en su *Descripción de África*.

Llevo a cabo un total de cuatro viajes largos y varios de corto recorrido en torno al norte del continente. Entre los primeros, tuvo que realizar uno de Fez a Constantinopla y Oriente Próximo (1507-1508?), como nos dice en el libro VIII:

[...] tengo el vivo deseo de describir en una obrita la parte de Asia que visité, es así como me referiré a la Arabia Desierta, a la Arabia Feliz, a la Arabia Pétreo y a la parte de Egipto perteneciente al Asia. También hablaré de Babilonia, de una parte de Persia y Armenia y de ciertos parajes de Tartaria que recorrí al principio de la adolescencia. Describiré igualmente varias islas vistas en el curso de mi último viaje de Fez a Constantinopla y de ésta a Egipto por vía marítima, y otras durante el regreso de Egipto a las costas de Italia..... cuando..., regrese sano y salvo de mi viaje a Europa, comenzando por la partes más nobles de la misma y prosiguiendo por las regiones de Asia donde he estado (331).

A través de estos viajes recorrería lugares como Tombuctú, una de las metrópolis comerciales más importantes de la historia, cuando lo hizo acompañaba a su tío que

iba como embajador del sultán de Fez, ante el régulo de Tombuctú, el Askia Mohamed Turé, y contaría con unos dieciséis años (en el 1510 aproximadamente) en su primera visita; y ya a esta edad tuvo la oportunidad de representar a su tío ante el señor de Warzazat y ser alabado por sus dotes poéticas (1995: 118). Posteriormente, sobre el 1512, realizaría un segundo viaje a Tombuctú, con toda probabilidad con fines comerciales, después se dirigiría hacia Yenné, Malli y Walata, desde donde tomaría el camino de Egipto. Viaje un tanto arduo cruzando el desierto y con gran cantidad de peligros. Los lugares geográficos que recorre en estos viajes, y que después detalla en la *Descripción*, son los más beneficiados de sus elementos autobiográficos, de los que con más frecuencia manifiesta haber estado o visto. En el inicio del viaje había cruzado el Atlas, pasando por Segelmesse y Numidia, hacia la llanura del Sahara. Destacaría la ciudad de Sefrú, de Ham Lisnan, la aldea de «Los Cien Pozos», Um Yunaiba, la montaña de Mestasa, los montes del Zif, Tabelbala, Warzazat, los oasis de Tuat y del Ghurara, Teghaza, etc. Pasaría por Gao, Agades y Cano. Sin embargo, hay una serie de países africanos que asegura haber visitado y que probablemente no sea cierto pues, como afirma Fanjul (1995: 40), sus descripciones de Guber, Guacara, Zanfara, etc., están demasiado alejadas de la realidad. Atraviesa el Burnú a lo largo de la margen septentrional del lago Tchad y se le recibe en la corte del rey de Gaoga. Según nos informa en la *Descripción*, tras su estancia en Tombuctú, se dirige hacia El Cairo en el 1513, con una finalidad simplemente comercial y regresaría por mar a Marruecos, entrando en Fez en 1514. Se había planteado este recorrido siguiendo la ruta habitual de las caravanas que desde Yené, Tombuctú..., salían hasta El Cairo. Viaja por el reino de Nubia, y desde la ciudad de Dongola pensaba atravesar el Nilo para pasar a El Cairo, pero tuvo que subir hasta Asuán, de la que nos dice que, tras ella, ya no hay lugar ni ciudad dignos de mención. Como anteriormente la ciudad de Fez, la descripción de El Cairo es de gran extensión. Se nos relatará, pues, desde el origen de su nombre, su historia, su situación, sus habitantes, su comercio, sus telas, sus mercados, los edificios más importantes como la mezquita de Amr, la forma de su gobierno, etcétera⁶.

Por otra parte, no como un gran viaje, sino como cortas pero frecuentes salidas, Hasan, se recorrió prácticamente todo el Magreb. En la *Descripción* son bastante abundantes las referencias a estos recorridos, ofreciendo incluso las fechas. Solía llevar a cabo diversas misiones diplomáticas que le habían sido encargadas, entre otros, por el sultán de Fez. En algunos casos eran realmente importantes, como en la que ejerció de intermediario entre el sultán de Fez, el de Marruecos, el emir de El Sus y Haha y el Jerife Ahmed; o en las diversas tentativas que hizo Mohamed el Portugués para recuperar Arsila. En junio de 1515 asiste –según sus palabras, Libro II– a la rota portuguesa de Macmura, después de lo cual habría salido hacia Constantinopla, enviado

⁶ En la *Descrip.* se efectúa un voluntario anacronismo, puesto que en el momento de su redacción en Roma la toma de Egipto ya se había producido. Las formas de gobierno, las de la administración habían cambiado, sin embargo él quiere detallarlas, tal vez en un gesto de añoranza y la no aceptación del dominio turco:

Toda(s) (*sic*) las reglas establecidas por los sultanes cambiaron, pero como yo me encontraba en el país en una época próxima a la de los sultanes y pude ver y estudiar el modo de vida local en el curso de los tres viajes que hice (...) estimo útil dar los datos siguientes sobre la corte del sultán y sus jerarquías (323).

por el sultán de Fez como embajador ante el Gran Turco: cruza el Zagreb deteniéndose en la corte de Tremecén y conociendo a Aruy Barbarroja cuando éste intenta en vano arrebatar Bugía a los españoles (agosto de 1515). En Túnez visita al sultán (1516) y desde allí se embarca para Estambul en 1517, para terminar dirigiéndose a Egipto, donde arriba en el preciso instante en que Selim acaba de conquistar este país. Tras coincidir con el sultán turco en la ciudad de Roseta, remonta el Nilo hasta Asuán, marcha al Mar Rojo y penetra en Arabia –incluso asegura haber visitado Yemen– para cumplir la peregrinación. Tras su captura en Yerba el Papa lo acepta como esclavo y se inicia su periplo italiano.

Con prácticamente el mismo título, acomete Luis de Mármol Carvajal una *Descripción General de África*, que ha sido considerada como un remedo de la anterior, llegando en ocasiones a considerarse como un mero plagio, cosa que no es exacta. Incluso a nivel personal, ambos autores tienen importantes puntos en común, hispano-musulmanes nacidos en Granada, ambos hablan de su origen en su *Descripción*, ambos sufrieron cautiverio y escriben con la perspectiva de excautivos. Sin embargo, sus motivaciones fueron diferentes, mientras que en León ésta residía en su exilio forzado y en numerosos viajes de encargo, en Luis del Mármol fue una motivación política (la expansión militar y territorial del imperio español).

Aun siguiendo en líneas generales a Juan León el Africano, Luis del Mármol presenta unas variaciones puestas de relieve en el trabajo de Antoine Bouba que son muy importantes: El África que él describe es más amplia, puesto que frente al Magreb y los quince reinos colindantes de Juan León, Luis del Marmol añade los siguientes: Guinea o «Gambu», Casamanse, Papays, Biafar, Maluces, Cocolis, Vagas, Zape, Sierra Leona. El Cabo de Buena Esperanza, Zanguebay, Alagoa, Sofala, Angos, Mozambique, Quiola, Mombaza, Melinde, Magadaxa, Adea, Adel o Dobas y el reino del Congo (2005: 153). Además de incluir la alta Etiopía y, lo más importante, la totalidad del territorio egipcio en el continente africano, que ya habíamos señalado como excluido en la obra de León el Africano. En la *Descripción general de África* de Luis del Mármol también aparece esa descripción de territorios fabulosos donde pueden ocurrir hechos extraordinarios vinculados con la tierra de los negros, el África negra o Etiopía. Sigue en esto la tradición que vinculaba el calor de esta zona, sus altas temperaturas con una tierra en ebullición continua en el que no se podía dar más que seres monstruosos.

Tanto en León el Africano como en Luís de Mármol se enumeran quince reinos negros que en ambos autores son: Gualata, o Ganata, Guinea o Genii, o Geneúa, Meli, Tombutho o Iza, Gaoga, Guber, Agades, Cano, Casena, Perzegzeg, Zanfara, Gungara, Burno, Gaoga y Neúba. Lo curioso es que en ambos autores se describen estos reinos con las mismas expresiones, idéntico estilo. La presentación de sus habitantes negros, las consideraciones particulares, los juicios de valor que se emiten sobre sus costumbres, formas de vida, su aspecto físico. Incluso como Juan León, Luís del Mármol sigue identificando la tierra de los Negros como lugar de monstruos, no se modifica pues la concepción del África Negra (2005: 165-166). El mayor acierto de este autor es que al incluir Egipto y aumentar en número de países africano vamos avanzando hacia el camino de un conocimiento más real del continente. Con la inclusión de las dos etiopías y de la totalidad de Egipto se amplía la geografía africana, revolucionando la cartografía del continente.

7. De forma paulatina se va modificando la imagen medieval del continente. La sucesiva exploración del mismo va en sintonía con los viajes que en ese momento se emprendían. Las peregrinaciones hacia los Santos Lugares, las misiones religiosas y las embajadas nos proporcionarán estas informaciones sobre el periodo medieval, ante todo el de la percepción de su alteridad, con la posibilidad de situar los *mirabilia* más extraordinarios e incluso afirmar haberlos encontrado y entrado en contacto con la sobrenatural, el Paraíso Terrenal, el Reino de Preste Juan, la maravillosa India de las especias, todo se podía encontrar. Paraísos terrenales de los que hay que desprenderse tras el lanzamiento fulminante del viaje ultramarino (la narración de la vuelta al mundo), aunque no de forma automática, sino tras un sucesivo encuentro con lo «real», pues no fue tan fácil que la imaginería medieval, asentada a través de los siglos, desapareciera de los libros de viaje ni de las geografías más importantes, contando con una «Otriedad», transformada pero no debilitada. Las obras de León y del Mármol podrían cubrir parte de esta transición, puesto que, con una más abundante y exacta información geográfica, todavía mantienen parte de las concepciones de tierras imaginarias y divisiones imprecisas que invitan a determinados *mirabilia*. Las rutas que en el Medievo invitaban al sueño, y que en cierta medida se mantienen en la incipiente modernidad, irán desapareciendo en su comprobante realidad. Sin embargo, respecto a África, como he señalado a inicios de este artículo en palabras de Javier Reverte, el halo mítico que la rodea pervive, y su leyenda también, tal vez por ello siga inspirando tantos libros de viaje actuales que en cierta medida, como los medievales, se alimentan de una gran dosis de aventura y misterio.

BIBLIOGRAFÍA

- Bouba Kidakou, A.: *África negra en los libros de viajes españoles de los siglos XVI y XVII*, Tesis Doctoral dirigida por Nieves Baranda Leturio, Madrid, UNED, 2006.
- Fanjul, S.: *Descripción General del África y de las cosas peregrinas que allí hay por Juan León Africano*, Granada, Sierra Nevada'95-El Legado Andalusi-Lundewerg, 1995. Todos los textos citados están tomados de esta traducción.
- García de Herreros, E.: *Quatre voyageurs espagnols à Alexandrie d'Égypte. Benjamín de Tudela (1166-71)-Ibn Goubair (1183-85)-Pero Tafur (1435-39)-Ali Bey el Abbassi (Domingo Badía) (1803-07)*, Alejandría, Société Archéologique d'Alexandrie, 1923.
- Le Canarien. Manuscritos, transcripción y traducción* de Berta Pico, Eduardo Aznar y Dolores Corbella, Tenerife, Instituto de Estudios Canarios, 2003.
- Libro del conocimiento de todos los reinos y tierras y señoríos que son por el mundo, escrito por un franciscano español a mediados del siglo XIV*, estudio, edición y notas por Marcos Jiménez de la Espada, 1877, reed., con prólogo de F. López Estrada, Barcelona, El Albir, 1980.
- Libro del conocimiento de todos los rregnos et tierras et señorios que son por el mundo, et de las señales et armas que han*, edición facsimil de M^a Jesús Lacarra, Carmen Lacarra Ducay y Alberto Montaner, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 1999.
- López Estrada, F.: *Libros de viajeros hispánicos medievales*, Madrid, Laberinto, 2003.
- López-Ocón, L.: «Jiménez de la Espada y Picasso: De cómo un naturalista y un artista editaron e ilustraron un libro de viajes medieval por las Canarias y el continente africano», *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. VI, n^o 328, Universidad de Barcelona, 2001.

- Mármol Carvajal, L.: *Descripción General del África* (1573-1599), Madrid, publicación en facsímil del Instituto de Estudios Africanos del Patronato «Diego Saavedra Fajardo» del Consejo Superior de Investigaciones científicas, 1953, t. I.
- Mollat, M.: *Los exploradores del siglo XIII al XVI. Primeras miradas sobre nuevos mundos*, Méjico, FCE, 1990 (1ª edición en francés 1984).
- Reverte, J.: *El Sueño de África. En busca de los mitos blancos del continente negro*, Madrid, Alianza Editorial, 1996. Reed. *Vagabundo en África*, Madrid, El País-Aguilar, 2003.
- Rubio Tovar, J.: *Libros españoles de viajes medievales*, Madrid, Taurus, 1986.
- Viajes de Benjamín de Tudela (1160-1173)*. Por prima vez traducidos al castellano con Introducción, aparato crítico, anotaciones y tres mapas por Ignacio González Lluvera, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1918.
- Zumthor, P.: *La Medida del mundo*, Madrid, Cátedra, 1994 (1ª edición en francés, 1993).